



# << El racismo como estructura discursiva contra los derechos humanos >>.

Eugenio Raúl Zaffaroni

DIREITO e CIUDADANIA  
Año I, nº 2, 1997-1998, pp. 113-124  
Praia – Cabo Verde

<http://www.cienciaspenales.net>

[ [www.cienciaspenales.net](http://www.cienciaspenales.net) ]



## EL RACISMO COMO ESTRUCTURA DISCURSIVA CONTRA LOS DERECHOS HUMANOS\*

EUGENIO RAÚL ZAFFARONI

*Director do Departamento de Direito Penal e Criminologia da Faculdade de Direito  
e Ciências Sociais da Universidade de Buenos Aires\*\**

1. El artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos tiene el sentido de un cambio de paradigma: hasta la Segunda Guerra Mundial, el racismo no era patrimonio de las potencias del eje sino que constituía un paradigma o marco general de pensamiento para un amplio sector del saber. Se cultivó desde las academias, como ideología del neocolonialismo, a partir de la Revolución Industrial que, con el cambio hegemónico europeo (desplazamiento de las potencias marítimas — España y Portugal — dominantes en el colonialismo, pasó a las del norte y centro), a la necesidad de una mayor integración con la periferia y de un mayor nivel tecnológico de la misma, y a un cambio de discurso: del discurso que asentaba la potestad hegemónica central en el conocimiento de la verdad religiosa pasó al discurso que la hacía fincar en el conocimiento de la verdad "científica", que era la ideología racista.

El horror del holocausto, llevándolo la lógica genocida del racismo hasta sus últimas consecuencias en el propio centro del poder, determinó la rápida cancelación del mismo.

Con frecuencia se ha observado — especialmente por los sectores que combaten los Derechos Humanos — que ese dispositivo no pasa de ser un precepto moral. Es verdad que, privado de su marco histórico, parece poco

\*El presente texto está elaborado sobre la base de la exposición sostenida en el 3er. Seminario Internacional del Instituto Vasco de Criminología, San Sebastián, 25 a 27 de junio de 1997.

\*\*Argentina

significativo en el plano jurídico, pero lo que esos sectores pretenden ignorar es justamente su relevancia como renuncia al paradigma racista y, más ampliamente, al presupuesto del racismo, que es la jerarquización biológica de los seres humanos.

Pero el discurso racista no ha muerto. Menos aún han muerto los discursos que intentan o intentarán reemplazarlo para cristalizar relaciones de poder violatorias de los Derechos Humanos. De allí la necesidad de investigar esos discursos, que no son meras piezas de museo: con frecuencia se los saca a luz, de los desempolva y se intenta venderlos como novedades pseudocientíficas, especialmente al incauto que nunca revolvió el viejo desván de los discursos olvidados. No pocos son los incautos en un mundo donde la velocidad comunicativa provoca un exceso de información que conspira contra la memoria. En el plano de las ciencias sociales y del derecho en particular, es alarmante que, siguiendo esta corriente, cunda como criterio que un trabajo debe citar sólo a los autores de última generación, lo que no pasa de ser una errónea transferencia de valoración de trabajos de importancia tecnológica.

2. En una de las más difundidas monografías sobre el racismo en los últimos años<sup>1</sup> se establecen tres niveles de racismo: una inorgánico, más o menos presente en todas las sociedades, con manifestaciones aisladas; otro orgánico, en que el racismo tiene instituciones que lo postulan, discursos propios, ideología; y una tercera, de racismo oficial, que tiene lugar cuando el estado lo asume como ideología propia. Cuando nos referimos al discurso racista, es claro que aludimos, por lo menos, al segundo de estos niveles, pues el primero — inorgánico o *cotidiano*<sup>2</sup> — carece de discurso.

Cuando nos enfrentamos con los discursos racistas, en cualquiera de los niveles en que éstos se producen y emplean, lo primero que llama la atención es su irracionalidad extrema, al punto de caer en lo ridículo. El discurso racista toca la fibra de la risa, de lo que fue caracterizado como lo más propio de lo humano — el *homo ridens*<sup>3</sup> —, o sea que, los recursos jerarquizantes entre humanos terminan conmoviendo el propio carácter lúdico de éste hasta provocar su risa. Argumentalmente son un juego ridículo, pero sin embargo, tienen eficacia.

Es precisamente su eficacia lo que nos impone la necesidad de conocerlos para enfrentarlos. Hay algo en ellos que no es ridículo, por mucho que, a la hora de analizarlos, sus contenidos se nos disuelvan en lo ridículo. Me parece

(1) Cfr. Michel Wieviorka, *El espacio del racismo*, Barcelona, 1992.

(2) Lo denominan "cotidiano" Laura Balbo-Luigi Manconi, *Razzismi, Un vocabolario*, Feltrielli, 1993, p. 88.

(3) Cfr. J. Huizinga, *Homo ludens*, El juego y la cultura, México, 1943.

claro que la estrategia frente a los discursos racistas no puede consistir en centrar las baterías contra la arena de los contenidos. Si hay algo que le otorga eficacia es su estructura que, por simplista, resulta eficaz. La tesis que sostengo y que trataré de demostrar en esta breve intervención, es que *sólo existe una estructura del discurso racista*, una única estructura discursiva que se rellena con los más dispares y disparatados contenidos.

En un viejo trabajo criminológico de Sykes-Matza de 1957<sup>1</sup>, que complementa la teoría de la asociación diferencial de Sutherland<sup>2</sup>, estos autores se referían a las *técnicas de neutralización* como parte de la educación diferencial de los criminales. En definitiva se trataba de procesos de internalización de discursos racionalizantes (cuestión que psicológicamente se vincula a los mecanismos de huida — la racionalización es uno de ellos — sobre los que investigó Anna Freud) que consisten en una ampliación o aplicación aberrante de las causas de justificación y de inculpabilidad del código penal.

Aunque la criminología se haya desplazado ahora por otros carriles, los discursos racistas, a poco que se observen, no son más que técnicas de neutralización aplicadas a la programación expresa o tácita de empresas genocidas, especialmente a través de lo que esos autores llamaron en su momento *devaluación de la víctima*. La estructura de cualquier discurso racista consiste, ante todo, en una *devaluación de la víctima acompañada de una ampliación de la legítima defensa y del estado de necesidad*. Esta estructura se apoya en dos vigas o elementos dogmáticos presupuestos: a) la *jerarquización biológica* y b) la *cosmovisión conspirativa*. A su vez, toda la construcción se envuelve con un *manto de humanitarismo* notoriamente hipócrita.

3. El elemento dogmático de *jerarquización biológica* se halla presupuesto al discurso: la continuidad de la naturaleza impone que nada se produzca por saltos, sino por evolución. Por ende, desde el ser unicelular hasta el humano hay un programa continuo, que inferior a superior, o sea, jerárquico. Por ello, en toda manifestación de la vida hay jerarquías, no sólo hasta llegar a lo humano, sino incluso dentro del mismo fenómeno humano. Sin este presupuesto dogmático no hay discurso racista que se sostenga<sup>6</sup>.

De allí que todo discurso racista participe de las restantes consecuencias de la jerarquización biológica y, por ende, no lo haya que no sea al mismo tiempo sexista, que no preconice la discriminación de género, que no atribuya

(<sup>1</sup>) M. Sykes-D. Matza, *Techniques of neutralization. A theory of delinquency*, en "American Sociological Review", XXII, p. 664.

(<sup>2</sup>) Erwin H. Sutherland — Doald R. Cressey, *Criminology*, New York, 1978, p. 80.

(<sup>6</sup>) Cfr. George L. Mosse, *Il razzismo in Europa*, Dalle origine all' olocausto, Laterza, 1992.

roles fijos e inmutables por sexo, que no tenga como valor estético positivo el del macho joven y como valor moral los del patriarcalismo<sup>7</sup>, que no desprecie a los que padezcan enfermedades o cualquier minusvalía física o mental, que no considere la salud como valor tan supremo que deba sacrificarse a quien no puede gozar de ella, que clasifique a los humanos por su supuesto valor vital o algo semejante, que deteste cualquier tóxico hasta postular su erradicación violenta, etc.

4. El segundo elemento dogmático sin el cual ningún discurso racista se sostiene es la *cosmovisión conspirativa*: se trata de presuponer que el mundo está invariablemente regido por una intencionalidad que siempre tiene un autor humano conciente. Es una visión sedante del mundo, que tranquiliza porque siempre sabe quién es el enemigo y dónde se encuentra. Una de las principales causas de la eficacia de la estructura discursiva racista es, justamente, que a partir de este presupuesto dogmático, no deja lugar para la angustia que provoca el mal sin autor o sin autor conocido, responsable y doloso: el discurso racista siempre sabe quién es el autor de todos los males, por eso rebaja los niveles de angustia del ser humano, lanzado a la angustia por su esencia.

La conspiración puede serlo en sentido estricto, como en los llamados "Protocolos de los sabios de Sión"<sup>8</sup>, o menos estricto, como en las coaliciones de inferiores o degenerados, destinadas a controlar y suprimir a los superiores iluminados y portadores de la verdad biológica<sup>9</sup>.

5. Completa los caracteres estructurales de todo discurso racista un falso humanitarismo: los autores parecen detenerse antes de extraer las consecuencias últimas de sus postulados. En ocasiones se tiene la impresión de hallarse ante componentes hipócritas; en otras, es innegable que su formación burguesa les impide completar la lógica de su propio discurso, que, acabando el silogismo, los llevaría inevitablemente al genocidio y al holocausto. Esta última reserva de moral burguesa hace que con frecuencia sus exposiciones se cierren con invocaciones a la tutela de los inferiores o a la piedad hacia los

(<sup>7</sup>) La tolerancia anterior al discurso racista puro ha sido investigada en distintas épocas: Giuseppe Lelio Arrighi, *La storia del femminismo*, Firenze, 1911; Romano Canosa, *Storia di una grande paura, La sodomia a Firenze e Venezia nel Quattrocento*, Milano, 1991; John Boswell, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Barcelona, 1993; la vinculación de estos valores con los autores racistas en el siglo pasado argentino, en Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas, Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina*. (Buenos Aires: 1871-1914), Buenos Aires, 1995.

(<sup>8</sup>) V. el clásico de Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial, Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Madrid, 1983; sobre éste, Etienne, Racismes, Paris, 1986.

(<sup>9</sup>) Una suerte de alerta sobre este peligro degenerativo en Francisco de Veyga, *Degeneración y degenerados, Miseria, vicio y delito*, Buenos Aires, 1938.

mismos, dejándole la tarea de extraer las consecuencias últimas a los visionarios políticos y sicarios que los sigan, carentes de tales prejuicios.

Esta característica invita a algunos observadores ingenuos a asumir la defensa de los racistas, con el argumento de que ellos jamás postularon lo que realizaron quienes en ellos se inspiraron.

6. Estos componentes estructurales de todos los discursos racistas pueden verificarse sin mayor esfuerzo. Por razones de espacio me limitaré a su verificación en las líneas generales de estos discursos, que pueden clasificarse en dos grandes variables: *existen discursos racistas degenerativos o de decadencia y discursos racistas evolutivos*. Para los primeros la jerarquización biológica se impone porque los superiores deben gobernar, orientar o defenderse, de quienes han decaído biológicamente; para los segundos, se impone porque los superiores han alcanzado un grado de evolución mayor que los inferiores en el curso de un proceso continuo de progreso biológico<sup>10</sup>.

7. A la primera categoría pertenecen los racismos de Chamberlain<sup>11</sup>, Weininger<sup>12</sup> y Rosenberg<sup>13</sup>. Raconocen como antecedente los racismos franceses del siglo XVIII, en que alternativamente, las noblezas de París o de las provincias pretendían adueñarse de los francos y atribuían a sus competidoras origen galo<sup>14</sup>. Sin duda que el más difundido ideólogo de esta vertiente de discursos racistas fue el conde de Gobineau<sup>15</sup>. Este sustentaba la insólita tesis de que en la argamasa racial francesa se hallaba un predominio de los amarillos en la burguesía (la raza amarilla se inclinaba hacia los intereses mundanos: el comercio), de los negros en la plebe revolucionaria (indomesticable) y de los germanos indoeuropeos blancos puros en la nobleza (inclinados a las más altas manifestaciones del espíritu). Su piedad le llevaba a admirar a los judíos y a sostener que el cristianismo, sin duda creación de la raza superior, era tan generoso y humano, que las otras razas podían comprenderlo. Se declaraba enemigo de la esclavitud en nombre de la

(<sup>10</sup>) Sobre ello, n. trabajo, *Criminología, Aproximación desde un margen*, Bogotá, 1988.

(<sup>11</sup>) Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*, München, 1906; su actitud frente al nazismo, en Joachim C. Fest., Hitler, Rizzoli, 1991, p. 472.

(<sup>12</sup>) Otto Weininger, *Sesso e carattere*, Torino, 1922.

(<sup>13</sup>) Alfred Rosenberg, *El mito del siglo 20. Una valoración de las luchas animico-espirituales de las formas en nuestro tiempo*, Buenos Aires, 1976; en análoga corriente se inscriben los otros racistas del nacional socialismo (Günter, Clauss, Graf, Brohmer), cit. por Mosse, *La cultura nazi*, Barcelona, 1973, p. 87.

(<sup>14</sup>) Sobre ello, Michael Burleigh — Wolfgang Wippermann, *Lo Stato razziale, Germania 1933-1945*, Rizzoli, 1992; Michel Foucault, *Genealogía del racismo, De la guerra de las razas al racismo de Estado*, Madrid, 1992.

(<sup>15</sup>) Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, 1967; sobre su vida: J.N. Faute-Biguet, Gobineau, París, 1930; George Raeders, *O inimigo cordial do Brasil, O Conde de Gobineau no Brasil*, Rio de Janeiro, 1988.

civilización, como otra muestra de su piedad. Las mayorías, dominadas por los componentes amarillos y negros, significaban un peligro para la espiritualidad blanca, pero no llegaba a las conclusiones genocidas que los presupuestos de su discurso implicaban.

8. A la segunda categoría pertenecen los discursos evolutivos del llamado *darwinismo social*, aunque en rigor su ideólogo más difundido fue Herbert Spencer<sup>16</sup>. Dentro de esta óptica, los inferiores lo eran por no haber alcanzado aún el mismo grado de desarrollo que los superiores blancos puros y colonizadores.

De cualquier manera hay curiosos cruces discursivos entre ambas tendencias: la eugenesia de Galton y sus seguidores advertía sobre los riesgos de la decadencia por mala elección de los reproductores, en la línea del darwinismo. Lothrop Stoddard, el racista norteamericano de los años veinte, atribuía la revolución rusa a una revuelta contra la civilización producida por la decadencia biológica de la especie<sup>17</sup>, proponiendo el restablecimiento de las reglas de la evolución alteradas por condiciones negativas que impedían la selección natural, provocando *under-men*. No obstante, terminaba su libro proponiendo medidas que cambiarían el destino de la especie en el curso de algunos siglos, sin propiciar el genocidio de los *sub hombres* revolucionarios.

En este cruce de involucionismo degenerativo y evolucionismo selectivo natural perturbado se enmarcan otros discursos racistas que espiritualizan la cuestión, como el de Mme. Blavatsky<sup>18</sup>, que se refiere al Karma de los pueblos<sup>19</sup>.

9. Como puede verse, en todos los casos se hallan presentes los elementos a que nos referimos al comienzo. Todos parten del presupuesto de la

(16) Se duda hoy si es correcto hablar de "darwinismo social" o de "spencerianismo biológico" (Cfr., Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica, Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, 1983), pero su difusión en ciencias sociales se debe sin duda a Herbert Spencer, *Principes de Sociologie*, París, 1883; *La morale des différents peuples et la morale personnelle*, París, 1896; un divulgador popular fue Ernst Haeckel, *Die Welträttsel, Gemeinverständliche Studien über deterministischen Philosophie*, Leipzig, 1909; sobre su vida, Wilhelm Bölsche, Ernst Haeckel, Ein Lebensbild, Berlin u. Leipzig, s.d.

(17) Lothrop Stoddard, *The revolt against civilization. The menace on the under-man*, London, 1923; en 1938 Antonio Vellejo Nágera buscaba el gen del comunismo entre los prisioneros de las brigadas internacionales en España (no en "El País", enero de 1996). La idea de cruzamiento por filos genéticos incompatibles por lejanos (base del apartheid) proviene de la psiquiatría colonialista francesa (uno de sus sostenedores basado en la experiencia haitiana fue A. Corre, *Le crime en pays créoles (esquisse d'ethnographie criminelle)*, París, 1889 y fue seguida por varios autores latinoamericanos: C. O. Bunge, *Nuestra América*, Ensayo de psicología social, Buenos Aires, 1903; Raimundo Nina Rodrigues, *Os africanos no Brasil*, São Paulo, 1932; sobre Nina Rodrigues también: Lilia Moritz Schwarcz, *O espetáculo das raças, Cientistas, instituições e questão racial no Brasil 1870-1930*, São Paulo, 1993. Cercano a esta tesis se hallaba Gustave Le Bon, *La psicología política y la defensa social*, Madrid, 1912; *Bases científicas de una filosofía de la historia*, Madrid, 1931.

(18) Cfr. H. P. Blavatsky, *La clave de la teosofía*, Buenos Aires, 1991.

(19) Sobre racismos esotéricos, Giorgio Galli, *Hitler e il nazismo magico, Le componenti esoteriche del Reich millenario*, Rizzoli, 1993.

jerarquización biológica: para unos hubo una jerarquía biológica superior originaria (raza aria) que decae por cruzamiento; para otros hay una jerarquía superior por mayor evolución. En todos hallamos la cosmovisión conspirativa: la raza superior amenazada por la decadencia encuentra múltiples conspiraciones, que van desde los judíos hasta los revolucionarios franceses. Los evolutivos también: los bolcheviques para Stoddard o los provocadores del caos para los spencerianos (la búsqueda de soluciones fáciles, el socialismo). Todos proponen medidas de defensa que parten de la devaluación de la víctima (inferior), pero que son necesarias: la planificación de la reproducción, el *apartheid*, la tutela, etc. Por lo general, no proponen el holocausto sino el genocidio disfrazado de extinción piadosa<sup>20</sup>, lo que ofrece el elemento de humanitarismo hipócrita: la eliminación de los inferiores por selección que impida su reproducción implica destrucción del grupo y de su cultura.

10. Es muy saludable que estos temas sean recordados por los juristas en general, pero quizá quienes más cercanamente deban profundizar en la naturaleza y estructura de los discursos racistas sean los penalistas y, como saber social cercano a los mismos, los criminólogos. Entre otras cosas siempre será útil recordar que en el siglo pasado y buena parte del presente, la criminología fue un discurso racista.

No es momento de detallarlo, pero para nosotros es primer discurso criminológico coherentemente desarrollado e integrado con el derecho penal, el procesal penal y la criminalística proviene de la edad media: es el *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las brujas o manual de la inquisición*)<sup>21</sup> y en él se observa claramente la jerarquización biológica, al considerar a la mujer como un ser biológicamente inferior al hombre y al postular el orgien genético de la disposición al mal.

No lo son menos las versiones de los fisiognomistas<sup>22</sup>: la posibilidad de descubrir las características de personalidad a partir del parecido físico con los

<sup>(20)</sup> Así, José Ingenieros, *Las razas inferiores*, en "Recuerdos de viaje", Buenos Aires, 1957, p. 115.

<sup>(21)</sup> *Malleus Maleficarum translated with an introduction, bibliography and notes by the Rev. Montague Summers*, London, 1951; trad. Castellana, Kraemer y Sprenger, *El martillo de las brujas*, Madrid, 1976; *el otro código inquisitorial: Frei Nicolau Eymerich, Manual dos Inquisidores*, Brasilia, 1993; sobre la experiencia latinoamericana, Pedro Gómez Valderrama, *Muestras del diablo*, Bogotá, 1993.

<sup>(22)</sup> Giovan Battista Della Porta, *Della fisionomia dell'uomo*, A cura di Mario Cicognani. Con illustrazioni dell'edizione del 1610, Parma, 1988; Lavater, *La Physiognomie ou l'art de connaître les hommes d'après leur traits et leur physionomie, les rapports avec les divers animaux, leurs penchants, etc., traduction nouvelle par H. Bacharach précédé d'une notice par A. D'Albanés*, Paris, s.d.; M. J. Ottin, *Frenología por el Dr. Gall. Fisionomía por el Dr. Lavater*, Madrid, 1992; *la influencia sobre Cesare Lombroso es muy marcada: L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, alla giurisprudenza ed alle discipline carceraire*, Torino, 1896. Sobre ellos, C. Bernaldo de Quirós, *Las nuevas teorías de la criminalidad*, Madrid, 1908. Como fisiognomistas más modernos o tardíos pueden citarse a Alfredo Niceforo, *La fisionomia nell'arte e nella scienza*, Firenze, 1952; Fritz Lange, *El lenguaje del rostro. Una fisiognómica científica y su aplicación práctica a la vida y al arte*, Barcelona, 1942.

animales, la similitud de los más nobles con los animales más bellos, la armonía craneana con la raza blanca, etc., son elementos que llevan a la superioridad estética del modelo humano grecoromano<sup>23</sup> y, por ende, culminan en un discurso de superioridad ético-estético-espiritual asociada a un tipo humano: por esta vía todo discurso racista es una tentativa de cristalización biológica de relaciones de dominio. No es raro, pues, sino todo lo contrario, que la criminología, que pretendía legitimar un fenómeno de poder mediante la descripción de la inferioridad de los prisionados, fuese un capítulo de la general ideología racista, que operaba como paradigma de todo el saber. No fueron sino criminólogos los que — antes que Stoddard y Hitler — los que consideraron al socialismo<sup>24</sup>, a la Comuna de París<sup>25</sup> y la anarquismo<sup>26</sup> como signos de inferioridad biológica o de atavismo. También fueron criminólogos los que pretendieron que nuestros pueblos latinoamericanos padecían inferioridades biológicas<sup>27</sup>, raras veces respondidas en su tiempo<sup>28</sup>.

11. Pero no fue sólo el discurso del poder del siglo pasado el que tendía a cristalizarse. No era el neocolonialismo el único discurso con esta ambición: vimos que la tendencia proviene desde la edad media por lo menos. Todo discurso que procura reforzar el corporativismo y la verticalidad sociales tiene esa tendencia y, por ende, se orienta hacia su cristalización biológica. El germen de esta tendencia persigue toda la corporativización social a lo largo de la historia. Y la corporativización social se vale del poder punitivo como vigilancia. De allí que el peligro de la cristalización biológica se halle en todo discurso legitimante del poder punitivo.

12. Este dato debe llevarnos a dudar siempre del saber penal y criminológico. En el actual momento no existe ya el neocolonialismo, ha pasado la revolución industrial y parece cerrarse la modernidad que ella abrió, pero lo hace con una nueva etapa o momento de poder planetario que se ha dado en llamar *globalización*, que viene acompañado por una ideología claramente neospenceriana, basada en la necesidad de dejar a su suerte a los débiles para

(23) Expresamente el el racismo fascista de Julius Evola, *Sintesi di dottrina della razza*, Padova, 1978; el mismo, *Il mito del sangue*, Padova, 1978.

(24) Por ejemplo, R. Garofalo, *La superstizione socialista*, Torino, 1895.

(25) Así, Scipio Sighele, *I delitti della folla studiati secondo la Psicologia, el Diritto e la Giurisprudenza e coll'aggiunta dei tutte le sentenze pronunciate dai tribunali e dalle corti d'appello in tema di delitto collettivo*, Milano, 1910; C. Lombroso & R. Laschi, *Le crime politique et les révolutions par rapport au droit, à l'anthropologie criminelle et à la science du gouvernement*, Paris, 1892.

(26) C. Lombroso, *Gli anarchici*, Torino, 1894.

(27) Así, Raimundo Nina Rodrigues, op. cit.; José Ingenieros, op. Cit.; Julio Guerrero, *La génesis del crimen em México, Estudio de Psiquiatría social*, México, 1900.

(28) Entre las raras respuestas a estos prejuicios: Manoel Bomfim, *A América Latina. Males de origem*, 1905 (segunda edición, Rio de Janeiro, 1993).

que aprendan a competir, partiendo de un fundamentalismo de mercado. Se toma como signo degenerativo y se pretende descubrir genes que los condicionan, al igual que en el siglo pasado, el uso de tóxicos (aunque variaron los tóxicos) y algunas infecciones (la tuberculosis y la sífilis son reemplazadas por el SIDA y el cáncer). Las concepciones sistémicas de la sociedad se acercan cada vez más al organicismo por vía de la autopoiesis<sup>29</sup> ampliamente tomada de la biología: el simul no es el organismo, sino que el organismo y la sociedad se asientan en el mismo principio. Es poco probable que la cristalización del poder provenga de la misma fuente, aunque la neoeugenesia recombinante no deja de preocupar<sup>30</sup>. Quizá el discurso de poder de la nueva etapa de dominio planetario tenga varias aristas. Seguramente no serán los mismos contenidos racistas del siglo pasado, que son ridículos, pero los nuevos discursos conservarán la misma estructura de los de siempre<sup>31</sup>. Posiblemente se pretenda eliminar algunos caracteres orgánicos que provoquen resistencia a la cultura de mercado. Posiblemente se pretenda hacer un uso perservo de los discursos culturalistas y jerarquizar culturas. En cualquier caso, estemos atentos, recordemos que cultivamos un saber que se originó como un capítulo del racismo: no perdamos nunca la mala conciencia. En los genes de nuestras ciencias alienta la estructura discursiva del racismo.

(<sup>29</sup>) V. Gunther Taubner, *O direito como sistema autopoietico*, Lisboa, 1989.

(<sup>30</sup>) Se siente la necesidad de criticar nuevos determinismos genéticos: Lewontin-Rose-Kamin, *No está en los genes, Racismo, genética e ideología*, México, 1991; no son lejanas a las críticas de as viejas teorías deterministas genéticas: Jean Finot, *Le préjugé des races*, Paris, 1906; Stephan L. Chorover, *Del Génesis al genocidio*, Buenos Aires, 1986; prácticamente se pueden considerar un mero renacimiento con *The Bell Curve* (sobre el debate en torno de esta aberración: *Russell Jacoby and Naomi Glauberman, The Bell Curve Debate. History, Documents, Opinions*, New York, 1995). No olvidemos que la mayoría procede de un país que no termina de resolver sus viejos problemas raciales (sobre ellos: Ginzberg-Eichner, *El negro y la democracia norteamericana*, México, 1968; C. Gorlier, *Historia de los negros en los Estados Unidos*, Madrid, 1968) y donde hasta hace cuatro décadas se prohibían matrimonios mixtos (cfr. Stetson Kennedy, *Introduction a l'Amerique raciste*, Paris, 1955, p. 246; M.F.A. Montagu, *La razza, Analisi di un mito*, Einaudi, 1966, p. 386; David Margolick, *A marriage that went into lawbooks*, en "International Herald Tribune", 16 de junio de 1992).

(<sup>31</sup>) Sin embargo no pierden eficacia totalmente los viejos discursos, pues orientan a grupos extremistas muy agresivos en Estados Unidos (Sergio Kiernan, *La religión de las milicias*, en "Nueva Sión", 18 de diciembre de 1995) y en Europa (Franco Ferraresi, *I riferimenti teorico-dottrinali della destra radicale*, en "Questione Giustizia", 4, 1993; *Assheuer-Sarkowicz, Rechtsradikale in Deutschland, Die alte und die neue Rechte*, München, 1992).